

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos y á cada número acompaña una lámina representando unas las últimas

Modas de Paris, otras Patronas para bordados, cortes de vestidos, ect., ó bien lindos dibujos para bordados de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripcion 6 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—Revista de teatros.—El beso del diablo, conclusion.—Modas de Paris.—Poesías jocosas de Victoriano Martinez Muller.—Remitido.—Pobre Laura, balada.—La fé perdida.—Los recuerdos, poesía.—Geroglífico.

REVISTA DE TEATROS.

PRINCIPAL.—D. Juan Tenorio, drama religioso-fantástico en dos partes y siete cuadros.

Aunque esta produccion es de aquellas que ha tiempo son conocidas de todos los públicos y manoseadas por todas las compañías dramáticas de España, la circunstancia de haberse puesto de nuevo en escena en el Principal en los pasados dias despues de largo plazo, nos autoriza á decir algo de ella; y tanto mas cuanto que, si otro valor le faltase, al menos no pudiera negársele ahora el de su brillante ejecucion, en la que tantos aplausos han alcanzado los actores, y muy especialmente el Sr. Delgado, quien cada día confirma mas la elevada opinion que de sus talentos nos formamos al verle por primera vez en nuestra escena.

La obra de que vamos á ocuparnos es una de las que mas prueban la fascinacion que ejercen sobre los públicos los magníficos versos del Sr. Zorrilla, y el atrevido vuelo de su mente, merced á cuyas dotes hace pasar como bueno y hasta como sublime lo que la crítica tiene que señalar como defectuoso en la esencia: mision triste, pero tanto mas necesaria cuanto que los atractivos legítimos que poseen las producciones del distinguido poeta le han acarreado no solo admiradores, sino imitadores, y estos, careciendo del colosal talento de su modelo, solo han tomado de

él lo que cualquiera puede tomar, esto es, sus extravíos, dándose con ello ocasion en no leve parte al lamentable que echamos de ver en algunos que no carecian ciertamente de dotes poéticas, y que habrian llegado á ser buenos escritores si hubieran tenido discernimiento suficiente para distinguir el falso oropel del finísimo oro. Procuremos, pues, hacerlo nosotros en cuanto lo alcancen nuestras humildes fuerzas.

Intitula el Sr. Zorrilla su obra *drama religioso-fantástico*. No podemos nosotros ni nadie negarle la segunda calificación; pero en cuanto á la primera se nos permitirá que la discutamos, á fin de que nuestros lectores, con mayor esclarecimiento, vean si deben admitirla ó rechazarla.

No nos cansaremos de repetir, aun á trueque de parecer molestos, que el teatro no puede, no debe ser la copia minuciosa y exactísima de la sociedad, por mas que él sea su reflejo en aquello que es posible, y en tanto que no falte á las condiciones del espectáculo. Ya ha dicho un autor que todos los incidentes juntos que pudieran observarse durante muchos años en la familia mas abundante en caracteres cómicos no darian ocasion jamás á hacer de ellos una verdadera comedia, y nosotros añadimos que si Dios permite que esos feos vicios, que esos crímenes tan comunes en la sociedad no sean castigados en la tierra; si á veces en sus inescrutables juicios tolera que el malvado levante aquí su orgullosa cabeza entre sus víctimas, no es el teatro el que debe presentarnos tales abominaciones, en tanto que no pueda presentarnos tambien el castigo que la divina justicia les reserva. El autor de *El Convidado de piedra*, comedia que como es sabido ha dado el argumento de este drama, y de la que han nacido no pocas producciones de estrangeras y distinguidas plumas, comprendió perfectamente que toda vez que habia

ofrecido á la espectacion pública á uno de esos hombres desalmados, sin fé ni ley, que se burlan de la tierra porque no creen en el cielo; uno de esos vivos escándalos que todo lo atropellan por satisfacer sus desbordadas pasiones, necesario era que en ese hombre viese aquel mismo público la manera con que Dios castiga, despues de haberle antes llamado con avisos capaces de hacerle conocer la enormidad de sus culpas, y despues de haberle concedido plazo bastante para la enmienda. En aquella última escena se encuentra por tanto reasumido el pensamiento entero de la comedia. Quitádsela, y ¿qué quedará? El repugnante cuadro de los crímenes de un hombre; cuadro que, ó nada enseña, ó si alguna instruccion tiene es nociva.

¿Cómo ha sido tratado este asunto en *D. Juan Tenorio*? Veámoslo.

D. Juan con vanagloria dice de sí mismo, alabándose como pudiera de alguna cosa buena:

«Por donde quiera que fui
la razon atropellé,
la virtud escarnecí,
á la justicia burlé
y á las mujeres vendí.
Yo á las cabañas bajé,
yo á los palacios subí,
yo los claustros escalé,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.
Ni reconocí sagrado,
ni hubo ocasion ni lugar
por mi audacia respetado;
ni en distinguir me he parado
al clérigo del seglar.»

En el curso del drama no desmiente la horrible reputacion que á sí propio se dá. Burla á la mujer con quien debe casarse su amigo Mejia, al que mata luego; roba del convento á D.^a Inés, y tambien mata al Comendador, padre de esta, porque viene á reclamarla; hace morir de dolor y de vergüenza á su propio padre y á la robada novicia; y corona todos estos crímenes con el sacrilegio y la profanacion de las tumbas. Pues bien, despues de todo esto D. Juan espira en un lecho de rosas, los ángeles vierten sobre su cabeza flores y perfumes, una música dulcísima resuena en los oidos del moribundo, y su alma en forma de una brillante llama, se eleva á los espacios, mientras que Inés, para que no nos quede la menor duda, dice:

«Cesad, cantos funerales:
callad, mortuorias campanas:

ocupad, sombras livianas,
vuestras urnas sepulcrales:
volved á los pedestales,
animadas esculturas;
y las celestes venturas
en que los justos están
empiecen para D. Juan
en las mismas sepulturas.»

La cosa es tan rara que bien merece explicarse, y la sombra de D.^a Inés se encargará de darnos esta explicacion. Dice de este modo:

«Yo á Dios mi alma ofrecí
en precio de tu alma impura,
y Dios, al ver la ternura
con que te amaba mi afán,
me dijo: «Espera á D. Juan
«en tu misma sepultura:
«y pues quieres ser tan fiel
«á un amor de Satanás,
«con D. Juan te salvarás,
«ó te perderás con él.»

Absurda seria una sociedad mercantil de dos almas á pérdidas ó á ganancias de la gloria, pero lo es mucho mas un alma editora responsable de lo que otra peque, y mas absurdo aun que Dios acceda á ese contrato impío, nacido de lo que él mismo llama *un amor de Satanás*; pero ello es que el padrinazgo al cabo le abona, y como dice al final la misma Inés:

«Yo mi alma he dado por tí,
y Dios te otorga por mí
tu dudosa salvacion.»

Verdad es que en seguida añade:

«Misterio es que en comprension
no cabe de criatura.»

Y hace muy bien en decirlo, porque lo que es nosotros ni lo comprendemos ni pudiéramos comprenderlo nunca.

La religion, en su santa piedad, nos ofrece siempre la esperanza como consecuencia de la divina misericordia, y establece como cristiana creencia que una contricion fervorosa en la hora de la muerte puede abrirnos las cerradas puertas de la eterna bienaventuranza; pero este consuelo que nos dá la fé es peligroso en el teatro, puesto que su abuso es tambien peligroso en el mundo. ¿Qué seria de la moral el dia que, olvidando que nuestra muerte habrá de ser el reflejo de nuestra vida, no cuidemos de esta, bajo la imprudente confianza de obtener en nuestro

postrer momento ese raro don de la misericordiosa mano? Téngase presente, que como dice un escritor cristiano, «el Señor en sus sagrados libros solo nos presenta un ejemplo de buena muerte tras mala vida: nos da uno para que nadie desconfíe; pero para que nadie ciegamente confíe no nos da mas que uno.» Ahora bien, uno de esos ejemplares, puesto en escena, será lo bastante para hacer recaer sobre él ese interés, aliciente poderoso para la imitacion; y si alguna consecuencia moral se saca de allí será esta: «Vivamos á nuestro gusto como este vivió al suyo, y no nos arredren temores de la otra vida; que al fin y al postre, si es que en efecto hay infierno, con un *Señor* *pequeño* y una buena recomendacion no han de ir tan mal las cosas que hayamos de condenarnos. Al cabo D. Juan Tenorio fué mucho peor que nosotros, y sin embargo salieron á recibirle los angelitos del cielo.»

Con estas observaciones parécenos que cada cual puede juzgar á su modo acerca de si al drama en cuestion le cuadra bien ó mal el título de *religioso*.

Los límites de este artículo, y el ser la obra sumamente conocida, nos dispensan de entrar en pormenores respecto á otros puntos de crítica, y así nos limitaremos á decir que la ejecucion fué muy buena, y que el Sr. Delgado estuvo en ella á una altura á la que pocos de nuestros actores podrian elevarse. Grandísimos aplausos alcanzó, muy justos todos, especialmente en el último acto de la primera parte. Muy bien estuvo asimismo la Sra. Rodriguez en el papel de Brígida, habiendo ayudado poderosamente al éxito en sus respectivos papeles la Sra. Toral y el Sr. Lozano.

Para concluir, y por via de noticia teatral, diremos que dentro de breves días se pondrá en escena un drama nuevo en verso, original de nuestro especial amigo el distinguido literato D. Eduardo Benot. Como jamás hemos tratado de prevenir la opinion pública respecto á ninguna produccion que haya de someterse á su juicio, nada creemos deber decir acerca de su mérito. El autor, en quien la modestia compite con el talento y el saber, habia pretendido guardar tenazmente el incógnito; pero otros periódicos han revelado ya su nombre, y ese nombre es una garantía poderosa para el éxito de la obra.

F. F. A.

EL BESO DEL DIABLO.

(CONCLUSION.)

Cinco minutos, poco mas ó menos, calculé yo que habria durado el cocimiento aquel.

Durante este tiempo todos permanecieron con los ojos fijos en la caldera.

Adelantóse por fin el hombre-espectro á la caja donde se verificaba el guiso fantástico, y á una seña suya los tres hombres á quienes habia llamado, la alzaron en alto; y colocado que estuvo aquel en el círculo verde se la vertieron por la cabeza.

Un chasquido semejante al que se oye en los incendios y un hedor insoportable, se esparcieron por la estancia.

Todo quedó á oscuras.

Pero ¡cual fué mi asombro al ver entrar una luna clara, serena y trasparente por la ventana, y al ver una figura de hombre hermosísima acercarse á la mesa,

Estaba vestido á usanza de Wandick y tenia unos rizos tersos y rubios que le descansaban en un cuello de finísimo encaje.

Era imposible ver nada mas bello ni mas ideal.

Yo abria los ojos cuanto podia, y no encontraba en la estancia á ninguno de mis antiguos personajes.

El nuevo, que á mi entender era el hombre-espectro, sacó de la mesa una escala, la colgó de la ventana y dió un silbido, que repitió el eco á lo lejos en medio del silencio de la noche.

Por ella subió un page vestido como su amo, aunque no tan ricamente, y de figura tan esbelta y hermosa, aunque no tan simpática y distinguida.

Cinóse el amo una espada primorosamente calada, y echó á andar por la puerta que habia servido de paso á los tres hombres rojos.

Yo aproveché aquella ocasion para ver si podia salir del cuarto del nigromante.

Me acerqué á la puerta que aun estaba abierta, y al tender la vista quedé asombrado; una galería inmensa, casi interminable, se extendia á lo lejos; en el extremo opuesto cuatro ó seis magníficos leones jugaban entre sí como perros.

Mi salida por aquel sitio era imposible.

Fuí á acercarme á la ventana pero me detuve; hacia una luna tan clara que me hubieran podido ver desde el jardín.

Me resigné pues á quedarme en mi escondite, y me acurruqué lo mejor que pude á fin de dormir.

Al poco rato oí retemblar la escala; el page entró y la asió con ambas manos como para sostenerla.

El caballero subió por ella.

Traia en los brazos una mujer desmayada.

Al entrar mi hombre-espectro la pieza quedó iluminada.

—Qué hermosa es! dijo mirándola.

—Pobre Celina! dijo en voz baja el page.
Echóla el caballero en un diván, y se puso á mirarla arrodillado delante de ella.

De repente dejó caer las manos al suelo.

—No respira! dijo sobresaltado.

Acercóse el page, y poniéndole una mano sobre el corazon dijo con voz doliente á su amo.

—Señor, su corazon no palpita.

Entonces este, separando los rubios cabellos de la frente de la muchacha, imprimió un beso en ella.

—Está fria! maldicion! maldicion! y bajó apresurado por la escala.

El page le siguió.

Salió yo de mi escondite y me acerqué á la dama; estaba muerta!

Fuí á la ventana: la luna estaba cubierta por algunas nubes, la escala aun puesta, bajé y eché á correr por la campiña.

Entré en el primer pueblo que encontré y di parte.

Al principio todos me creyeron loco; pero al ver que daba cuenta de mi persona con buen sentido, consintieron el alcalde y tres vecinos en acompañarme. Guíeles al castillo sombrío donde habia yo presenciado aquellas escenas, y al llegar á él todos querian retroceder.

—No entrar, no entrar, gritaban todos.

—Por qué, señores? pregunté yo tranquilamente.

—El castillo ese está encantado.

—Y qué? dije yo.

—Que su amo Guillermo de Naglás ha vendido su alma al demonio.

—Y no encuentra mujer que le quiera, dijo uno de mis tres acompañantes.

—Y todas las noches sale despues de las doce á buscar alguna que robar, añadió otro.

—Si, y luego las mata y las echa á la laguna, continuó el alcalde.

—Pues hoy ha robado una, dije yo: hay que ir á buscarla.

Nadie se atrevia; yo me decidí á volver á penetrar en aquella fatídica habitacion. Subí por la escala y no tardé en volver con la mujer muerta en mis brazos.

—Pobre Celina! dijeron todos en coro al verla.

Nos retiramos, y al cruzar por cerca de la laguna vimos un hombre que lloraba.

—Señores, decia, tened compasion de mí y salvad á mi amo que se ha tirado al agua.

Me acerqué: era el page. Le preguntamos y nos dijo que su amo se habia tirado lleno de desesperacion á la laguna; que aquella noche era la quinta que robaba, pero que todas se le quedaban muertas en los brazos apenas las besaba.

Al llegar al pueblo miramos á Celina.

El page no habia mentido.

El sello de maldicion de su señor estaba impreso en aquel rostro angelical. Celina tenia los labios cárdenos y abrasados del contacto de los de Guillermo. No tenia ninguna otra lesion en su cuerpo.

A los dos dias de este suceso, el agua de la laguna dejó ver el cadáver de Guillermo de Naglás. Yo le fui á ver por curiosidad. Estaba despojado de su magnífico traje, y tenia puesta la túnica con que yo le ví la noche en que por una puerta abierta me entré, porque me habia perdido en medio de aquellos campos.

El castillo fué quemado por los aldeanos.

AGUSTIN BONNAT.

MODAS DE PARIS.

Para permanecer fieles á la verdad y exactitud con que escribimos, debemos decir con franqueza que ninguna novedad ha introducido todavía la primavera en las modas. El frio continúa y así no se han abandonado aun las modas de invierno y sus abrigos. Debemos esperar al famoso paseo de Longchamps, para que se vea alguna novedad en este ramo.

Siguen llevándose volantes, sin que se trate de suprimirlos. En los adornos de los vestidos se usa gran profusion de adornos de pasamanería, sea de galones ó flecos ó ambos unidos. Llévanse faldetas y tirantes como este invierno. Las costureras y modistas no saben aun lo que harán, y así nada han podido inquirir. Vivimos de lo pasado.

Las mangas de los vestidos se hacen mas anchas que nunca. Las mas lindas se hacen con dos buches y dos volantes, colocándolos alternativamente.

He visto un vestido que en lugar de volante tenia un fleco de un palmo de ancho, puesto mas arriba de la altura de la rodilla; el cuerpo y las mangas tenian el mismo adorno; estaba muy elegante.

Las faldas conservan su mucho vuelo y las de los trages de sociedad hacen cola.

Las mangas blancas que se ponen debajo de las de color tienen un ancho excesivo. Los buches son tan anchos que podrían dar la vuelta á la cintura; estas de buches son las que mas se llevan para vestidos, entremezclándoles cintas de raso ó de terciopelo.

Las mangas mas sencillas se hacen de puño, ó bien de puño vuelto á lo mosquetero.

Los cuellos se llevan altos, de guipure, ó de aplicacion de Bruselas para vestidos, de muselina bordada ó de jaconas para casa.

Los sombreros se hacen siempre muy chicos, inclinados hácia la frente y vueltos hácia fuera por los lados.

Las capotas se vuelven á estilar. Las he visto preciosas de crespón lila, verde, paja, rosa y gris. Se les adorna con muchas blondas; en el interior no se adornan con guirnaldas, sino con ramitos

suelos de flores. Se ponen velitos de encage negro que son redondos por las esquinas. También se ven en casa de las modistas sombreros de paja bordados, y adornados con terciopelo negro. Otros de crespon bordados con paja. También he visto algunas capotas de encage negro: sientan muy bien y no estrañaré que cunda esa moda.

Los adornos de cabeza están cubiertos de blondas y muy echados atrás. Adórnanse con flores y ramas que forman caídas. Otras veces barbas ó cintas largas y anchas que caen sobre los hombros; su forma es poca cosa, los adornos son el todo.

Las cófias para por la mañana son muy lindas. Se hacen con embutidos ricamente bordados y encages. Su hechura varia á lo infinito.

Puedo afirmar que se llevarán este verano canesús blancos, y tambien las bonitas toquillas á lo Luis XIII.

Los géneros que se llevan á la presente son de dibujos muy grandes; los moirés antiques ó lisos ó de rayas muy anchas. Vestidos con volantes tejidos en la tela, damascos y brocados.

Para menos compuestas llevan las señoras vestidos de tafetan negro con volantes.

Aun no han concluido los bailes, y los vestidos que se llevan á ellos son de mucho lujo y riqueza. Se cubren las faldas todas de volantes, y estos se motean con maripositas de cinta ó bien con florecitas.

Los volantes de encages negros sobre vestidos de color claro se siguen llevando. Las señoritas llevan mucho vestidos de tafetan lisos; blancos, rosa ó celestes, bien con volantes, bien de dos faldas. Para bailes de etiqueta se adornan la cabeza con flores: para bailes de confianza con lazos de cintas, en que se entremete alguna hoja de terciopelo.

Se llevan aun los abrigos de invierno y los pañolones de cachemir largos.

Los visos son de mucho lujo; los hay de varias categorías. Los hay bordados ó con embutidos. Los hay con alforchitas hasta la altura de cincuenta centímetros. Los hay con tres volantes encanutados á lo Pompadour, y finalmente los hay con un dobladillo ancho calado ó respuntado y guarnecidos de un encage de dos ó tres dedos de ancho.

El mismo lujo se gasta con los de las niñas.

POESÍAS JOCO-SATÍRICAS

DE

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

Como una muestra de ellas inserta-

mos á continuacion una de las que contiene la primera entrega (1).

LAS JAMONAS.

Hábleme de jamon ó de cecina
Quien verme quiera tiritar de gusto;
Tengo ya de jamon hambre canina
Y me produce el bacalao disgusto;
Será muy succulenta una sardina,
Pero es mejor el salchichon robusto.
¡Guerra á toda sardina, guerra, guerra,
y vivan las jamonas de mi tierra!

Por el jamon desde mi tierna infancia
Mostré ya una aficion estrepitosa;
Lágrimas derramé con abundancia
Por una loncha al parecer sabrosa:
Nunca á los dulces encontré sustancia
Y juzgué la cecina apetitosa;
Carne solo mi estómago reclama
Y al olor del jamon todo se inflama.

Venid todas á mí, venid jamonas
Con ese cuerpo sólido y macizo;
Venid todas á mí, gruesas matronas,
Porque solo con veros me electrizo:
Yo á vuestros piés arrojaré coronas
Y seré con las flacas un erizo;
¡Maldito quien comete la simpleza
De adorar de una flaca la belleza!

Muchos hombres se ven que con locura
Por las niñas de quince se acaloran,
Y aunque sean de sal y de hermosura
Las de veinte años mas les encocoran.
Odan de una jamona la gordura
Y de palos con faldas se enamoran:
Por estos gustos que en verdad son malos
Dirán que hay gustos que merecen palos.

Hay gente, sí, en el mundo á quien encanta
El infantil rubor de una pollita
Que los ojos del suelo no levanta
Y á quien por todo el corazon palpita;
Y á mí me gusta la que no se espanta
Ni de las bombas que el cañon vomita,
La jamona que dice sin quebranto
Que se encuentra curada ya de espanto.

(1) El precio de cada entrega de 16 páginas es un real, tanto en Madrid como en provincias, franco el porte; pero cuidando los últimos de adelantar el valor de cuatro entregas por lo menos.

La obra constará de unas 20 entregas próximamente. Se suscribe en la Revista Médica y Librería Española.

Gusta á muchos el sol, cuando naciente
 Tímidos rayos sin calor destella,
 Y en himnos mil con entusiasmo ardiente
 La aurora ensalzan rutilante y bella;
 Yo aprecio mas el sol resplandeciente
 Cuando hecho un ascua en el cenit descuella
 Y volcánico fuego nos arroja
 Y la mas gava flor seca y deshoja.

¿Quién es el guapo que ante mí celebra
 Una jóven delgada como aguja
 Que se enrosca y se dobla cual culebra
 Si alguien tropieza y sin querer la empuja!
 ¿Una flaca mujer que pura hebra
 Parece el alma en pena de una bruja?
 Nadie, nadie publique tal elogio
 Si aumentar nunca ansió el martirologio.

¿Es posible que exista algun jumento
 Que las sardinas al jamon prefiera?
 ¿Es posible que alguno tenga aliento
 No para amar, para mirar siquiera
 A una delgada que se lleva el viento
 Sin que llegue á soplar con saña fiera?
 Perdónenme las flacas, no las quiero;
 Es mejor el jamon para el puchero.

Una flaca se muere cualquier dia
 Por una horrible enfermedad de pecho;
 No hay flaca que no esté con pulmonía
 Todo el invierno en su abrigado lecho.
 Les coge á lo mejor la muerte fria
 Si el médico no está siempre en acecho,
 Y en curarse las toses y catarros
 Tienen todas que hacer mil despilfarros.

Mas ¡cuán diversa, oh, cielos, es la suerte
 Que tiene una jamona! Aun la mas fea
 Salud y vida á borbotones vierte
 Y ni un rudo huracan la tambalea:
 Desafía impertérrita la muerte
 Y en los mas crudos dias mas pasea,
 Porque nada la aflige ni la asusta
 Gozando en sí constitucion robusta.

Sin pensar que hay ahora mucho tuno,
 Las jamonas se van con desenfado
 Por todas partes sin temor ninguno;
 Porque tienen sabido y olvidado
 El que la cuerda, como dijo alguno,
 Se quiebra siempre por lo mas delgado;
 Y asi aunque entablen doce mil querellas
 Jamás la cuerda quebrará por ellas.

La jamona mas fea me encandila
 Y aun pudiera decir que me enfarola;
 Si me coje de esplin me despabila
 Y si alegre me coje me atortola;
 Si una sola me ofrecen en Manila
 Iré á Manila por aquella sola,
 Si el demonio me ofreciese ciento
 Me lanzaba al infierno muy contento.

Pero miro una flaca, y mas que miro
 Os puedo asegurar que nada veo,
 Y no brota en mi pecho ni un suspiro
 Ni engendra el corazon ningun deseo;
 De su esbelta cintura no me admiro
 Ni por bella que fuere me mareo;
 ¡Y encuentro de jamonas un buen tipo
 Y me admiro y me pasmo y me constipol!

Dicen que cada cual tiene su flaco,
 Pero no cada cual tiene su flaca,
 Porque no es un cualquiera tan morlaco
 Que entregue á una delgada una casaca;
 Y (diga lo que guste Horacio Flaco)
 La flaqueza en el mundo es una maca
 Y el ser gordo es honor que todos quieren
 Pero que pocos por favor adquieren.

El mismo Dios la robustez aprueba
 Cuando castiga la flaqueza humana....
 Por la que tuvo nuestra madre Eva
 De engullirse ¡tragona! una manzana
 Siglos la humanidad gimiendo lleva....
 ¡Bien pudo, creo yo, aguantar la gana,
 Que tambien de jamon tengo yo hambre
 Y lo sufro y estoy hecho un estambre!

Son los jamones de importancia tanta
 Por mas que muchos la supongan nula
 Que los prohíbe la Cuaresma Santa
 Al que carece de la sacra Bula:
 Yo tengo la de Meco que me encanta
 Porque permite ejercitar la gula,
 Y así con gusto, con afan ardiente
 En las jamonas clavaré mi diente.

¡Cuán feliz seré yo si un dia encuentro
 De graciosas jamonas cien docenas!
 Aquel dia estaré como en mi centro
 Al mirarlas rechonchas y rellenas;
 Desde entonces mi alma reconcentro
 En ellas solas para ahogar mis penas
 Y al carnívoro amor de una jamona
 Juro que he de pasar la vita bona.

Vengan, vengan jamonas y arda Troya,
 Háganse los partidos cruda guerra;

Maldiga de este mundo y su bambolla
El infeliz á quien el hado aterra;
Que yo, gozando sustanciosa olla
Y una dulce jamona de mi tierra
Por nada de este mundo me aturullo
Y vivo sordo al general murmullo.

Hemos leído en «El Comercio» un artículo en el cual muchos concurrentes al teatro del Balon manifiestan deseos de volver á ver en escena al distinguido actor Sr. D. José M.^a Lopez. Por lo tanto esperamos de la galantería de la empresa de este teatro, procure dejar satisfechos los deseos del inteligente público que le honra con su asistencia. Nosotros creemos que dicha empresa ganaría mucho con la adquisicion del Sr. Lopez.--VA-
RIOS CONCURRENTES. (Remitido.)

LA FE PERDIDA.

Era una noche triste y sombría como los espacios antes de la creacion.

Ni una estrella velaba el firmamento: ni un eco cruzaba los espacios: ni una armonía brotaba de la creacion.

Apiñadas y confusas nubes rodaban en tropel hácia el horizonte: las gaviotas gemian sobre las ondas de las aguas: los bosques apenas movian sus hojas, temerosos sin duda de turbar tan sepulcral silencio.

Pero de pronto un ruido sordo y confuso al principio, imponente y magestuoso luego, y prolongado y aterrador despues, retumbó en los espacios, como si lejana tempestad hubiera querido avisar á la naturaleza de su próxima llegada; cuyos ecos perdidos de bosque en bosque, de colina en colina, asemejaban ora los vagos alaridos de algun extraviado caminante: ora la fervorosa plegaria del impotente marinero: ora el grito de maldicion de una madre: ora el suspiro de un delirio de amor.

El viento era espantoso.

Apenas quedó flor en los campos que no desapareciese á su influjo: apenas arroyuelo que no saliese de su cauce: apenas hueco en las colinas que no gimiese al estrellarse en ellas la furiosa carrera del desencadenado elemento.

Los árboles, chocando sus ya desnudas ramas con inusitada rapidez, parecian legiones de esqueletos haciendo crujir sus huesos al son de danza infernal.

El agua, en tanto, caía á torrentes.

La naturaleza parecia absorta ante aquella desolacion.

De vez en cuando, un rayo de luna, pálido como la vejez, débil como un adolescente, y melancólico como un recuerdo, iluminaba aquella

escena, que bien pronto quedaba sepultada entre sombras, porque el rayo de luz desaparecia entre un tropel de nubes, que como las ilusiones de la juventud, brotaban y se extinguian sin dejar huella alguna en su fugitivo paso. Sin embargo, un eco desgarrador; uno de esos ecos que no escucha jamás el alma sin estremecerse: uno de esos ecos en fin, que son en la vida humana el compendio de toda una existencia de dolores, cruzó los espacios, y dominando la tempestad fué á extinguirse entre las brumas del horizonte, como fugitivo ¡ay! de una lejana esperanza.

Entonces una forma blanca como una alborada: pura, como el suspiro de una virgen: apacible como una mañana de estío, y bella como una caricia de amor, apareció entre la tempestad dirigiéndose con leve y reposado vuelo hácia el parage de donde habia partido el grito de desesperacion.

Apenas hubo llegado, cuando su frente se inmutó, su sonrisa se contuvo, su mirada tomó un tinte de compasion y benevolencia, que fuera imposible haberla visto sin caer prosternado á sus pies.

Sobre la empapada yerba, y bajo el añoso ramaje de una encina, yacía un hombre joven, débil y agobiado, cuya cabeza caída sobre el pecho lo asemejaba á uno de esos árboles desgajados por la tempestad, pero en los que aun á través de su desgracia, brilla un átomo de vigor y lozanía.

Estaba recostado.

Sus facciones, hermosas algun día, indicaban el paso de la miseria por aquella joven naturaleza; su frente era triste como la noche que sobre ella pesaba; su mirada macilenta: su boca comprimida, su conjunto triste, melancólico y desesperado.

La blanca aparicion se acercó á él y estrechó una de sus manos.

El hombre murmuró una imprecacion.

—Eres injusto; le replicó ella: preciso es que reine el mas espantoso vacío en tu existencia, para que te sientas desfallecer hasta el punto de ansiar la muerte como el único lenitivo de tus pesares. Nada hay en el mundo aislado. La existencia es una cadena, en la cual el eslabon que desaparece, siempre viene á refluir sobre algun ser, que aunque ignorado por nosotros, viene en nuestra muerte á depositar sobre la tumba con sus lágrimas, el postrer destello de su felicidad.

El hombre irguió su cabeza.

—Ya lo ves: yo he oido tu grito de desesperacion, y he acudido ansiosa de calmar tus dolores, de servirte de apoyo, de guiar tu paso en la senda de tu al parecer, azarosa existencia; lo cual te probará, que pocas veces en el mundo se deja de escuchar el grito de los pesares, cuando estos con motivo se han albergado en el corazon.

—Dios mio! ¿Qué acento es este? Oh! habla, habla; murmuró el hombre postrándose de rodillas, quién eres? qué deseas de mi? qué debo hacer?

—Emprender tu camino con firme paso; abrir tu corazón á la esperanza: tener fe en Dios, y despues de todo amarme; porque si tú me hubieras adivinado, si me hubieras creído, hoy no abatiria tu frente el rumor de una tempestad, ni joven y vigoroso como eres, te sentirias débil y mezquino para atravesar con pié firme la senda del mundo: estrecha y espinosa para el que no cree: ancha y florida para el que alberga en su alma creencias, espíritu en su corazón.

—Oh! me siento gigante, replicó el hombre, pero tú, que así has regenerado mi existencia, dime, quién eres? cómo te llamas, para adorarte eternamente?

—*La Virtud*: murmuró ella.

—*La Virtud*! ah! sí, hasta ahora habias vivido ignorada para mí: mas desde hoy yo te consagraré tal culto, que no ha de haber quien me iguale en admiracion y respeto.

¡Bendita seas mil veces, virtud, bendita seas.

—Tú serás feliz, le repitió ella.

—Oh! déjame besar tus plantas.

—Es imposible! adios!

Y mientras el hombre caía de rodillas, la aparición batió sus alas, al mismo tiempo que los primeros albores de una risueña alborada iluminaban la altiva y noble frente del hombre regenerado.

¡Cuántos seres desaparecen del mundo en brazos de la desesperacion, solo por no dar cabida en sus almas á un solo destello de virtud!

Compadezcámoslos: ellos lo quieren.

Hágase su voluntad.

S. DE MOBELLAN.

LOS RECUERDOS.

Yo recuerdo la noche dichosa
En en que el alma gozaba tranquila,
Y al iman de tu ardiente pupila,
¡Ay! mi pecho sintió aquel amor,
Y recuerdo tambien que lloraste
Cuando triste llegó hasta tu oído
Una voz, un ardiente gemido
Que tu seno llenó de dolor.

Era yo, que cantando amoroso
Le llevaba á tu pecho la calma,
Era voz que emanaba del alma,
Y que el viento lanzaba hácia tí:
Y alumbra la serena la luna,
Y tu rostro lucia cual plata,
Y al mirar tus encantos, ingrata,
Un volcan en mi pecho senti.

(Remitido.)

JOSE VILLET.

Solucion del geroglífico anterior.

La vida nos es tan querida como la muerte odiable.

Al presente número acompaña una lámina de figurines de modas, cuya esplicacion daremos en el próximo número.

CADIZ: 1856.—Imprenta de la Revista Médica.



ESPAÑA
CHINA
INDIA
FRANCIA
SUECIA
ITALIA

P 1856

